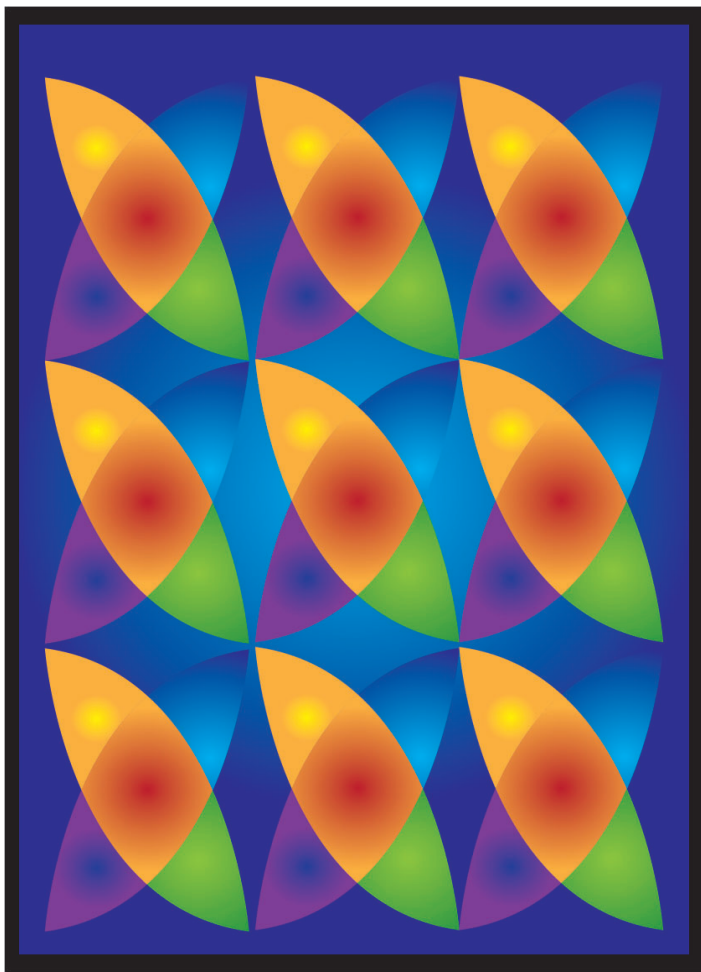


ENSAYO

El compromiso inferente. Mensaje abierto

Gustavo Luis Carrera
Universidad Central de Venezuela
glcarrerad@gmail.com



un receptor (presumible o hipotético). Se infiere la presencia activa de un partícipe, sin el cual no hay envío significativo; carente del eco diseminador de un destinatario, el constructo literario tiene una existencia quimérica.

Se impone un principio elemental y definitorio: sólo la presencia de un receptor concede a la literatura la categoría de hecho social. Lector o auditor, el coparticipante en la proposición comunicativa de un texto es el recipiendario que convalida la existencia de ese producto literario. Sin esta rúbrica de existencia exógena, la obra no pasa de ser una presuposición atendida a la indeterminación de una virtualidad: nunca abandona el estatus de presunción in pectore. Esta dependencia identificadora es, de hecho, una realidad incontrovertible: la difusión de la obra literaria viene a ser su manifiesta partida de nacimiento; la que no pasa del callado recinto solitario de la gaveta del escritorio o de la nube de la computadora, sin hacer contacto vital con un receptor, no califica como producto incorporable a la institución social llamada literatura.

De este modo, partimos del hecho cierto de la condición social de la creación literaria. Inclusive, de manera relativa, la obra difundida ya no pertenece a su autor: es un producto compartido, un bien público, que adoptará tantos rostros identificadores como los que le imprima la sensibilidad de cada uno de sus receptores. Y en ello no parece haber exageración: si cada obra se hace en la percepción de quien la recibe y la recrea según su condicionamiento particular -humano y estético-, la obra es al ser conocida y recreada por dicha sensibilidad subjetiva.

Tiempo

El tiempo literario, como el tiempo histórico, es una dimensión diferente del tiempo cronológico y del tiempo detenido. No hay cronología: la ruptura del proceso

Escribir es sitarse en la antesala de un diálogo. No es nada especulativo conceptualizar la escritura literaria como un acto de vocación dialógica. Sin interlocutor, el creador no pasa de la condición innominada de la virtualidad.

Así, escribir es participar en un sistema alternativo de comunicación. Al hablar, se presume la presencia de un interlocutor, en un acto natural de transmisión de un mensaje, ya sea directo o elusivo. De igual manera, quien escribe tiene en mente, y en su pluma o su computadora,

continuo obedece al fragmentarismo significativo de la realidad. Y la imposibilidad del establecimiento de un alto en el continuum vital es propio de la creación literaria, que no cesa en el alcance inmediato de las palabras, y sobrevive en la sugerencia estimulada en la sensibilidad del receptor.

Pero, en última instancia, ¿no hay siempre una relación, un convenio entre el escritor y su tiempo? Aparte de las dimensiones propias de la poesía y del cuento, es particularmente perceptible el propósito en la creación novelística. Para el caso, no es difícil advertir qué buscaban, cuando escribieron sus novelas, los autores del llamado realismo crítico, por ejemplo; representantes, por antonomasia, de la novela moderna y contemporánea.

No es cuestión de seguir una receta social (socius) y política (polis); es asunto de dar respuesta a un requerimiento interno de un desencadenante externo. Se obedece a la fuerza interior que es motivada por un estímulo del exterior. El escritor, que aúna sensibilidad y razonamiento en el camino de la resonancia literaria del incentivo histórico, produce una respuesta a tono con la intensidad del llamado. De hecho, por definición, es una acción con propósitos revulsivos: se muestra lo reprochable y se auspicia el cambio hacia un nivel superior. Ya no es cosa de intención subjetivada; es materia de tributo intelectual.

Espacio y determinación

Así como no es concebible un ser fuera del tiempo, tampoco lo es fuera del espacio. Con lo cual no estamos sino asentando lo evidente. Por fuerza, se pertenece a una época y se procede de un lugar. Época significa proyección temporal, desarrollo a través de un lapso de vida; y espacio se corresponde con un ámbito geográfico, cultural y social.

De su parte, el pensamiento determinista es radical en su señalamiento del ambiente físico e histórico-geográfico como un factor fundamental en la configuración del carácter individual y colectivo: ser humano y nación; individuo y sociedad. Y se totaliza la rigurosa teoría determinista con su aserto primario: el ser humano se corresponde forzosamente con las delimitaciones impuestas por un tiempo, un lugar y una raza. En un sentido contemporáneo, habida cuenta del desarrollo científico y de nuestra praxis vital, es obvio que no hay determinismo de raza, sino de cultura. En puridad, respondemos no al concepto difuso y equívoco de una raza, sino al de una cultura, entendiendo por este sustrato cultural decisivo la vasta dimensión de los usos y las costumbres, las tradiciones, la identificación nacional, el pensamiento religioso o filosófico.

La realidad

La vinculación con la realidad se amplía y se fortalece en el ámbito del hacer colectivo: vida pública, estudios, trabajo, inserción social y conciencia política (en el sentido más amplio: vida en la polis). Así, dotado de fundamento colectivo, plenamente socializado, el creador asume su propio compromiso estético. Y acontece que su acción viene ya, forzosamente, en deuda con un haber anímico e intelectual que no puede desvincularse de una realidad contundente: origen, desarrollo y culminación de una aventura vital fundada en la condición humana irrenunciable. El nexo con esa realidad circundante es fatal e ineluctable. Situado ante la realidad, el creador puede proponer una mimesis o un aislamiento. Pero, la realidad sigue allí.

La relación de la literatura con la realidad es un nexo fatal. Es el fatum de un contacto irreversible con un contexto al cual se adviene al nacer; es un ritual afectivo que se funda en el pacto con la familia y con la colectividad circundante, en la dimensión de la infancia y de la regionalidad.

Es tal la relación del creador con la realidad, que cuando propone el plano propio de la fantasía o de la ciencia ficción, lo que presenta es la realidad ficcionada, deformada o extrapolada. Y ello por una razón evidente: solamente son comunicables los arquetipos de la realidad, los únicos posibles de ser caracterizados con palabras comprensibles.

El compromiso

La noción de responsabilidad en la creación literaria es una alternativa derivada de un nexo irrenunciable entre la palabra y el objeto, entre la propuesta estética y la realidad. En consecuencia, suele hablarse de compromiso.

Se ha hecho referencia a la literatura comprometida como sinónimo de obras contestatarias con relación a un estatus tradicional o a un enquistamiento de agudas diferencias sociales. Ha sido el eslogan de una vasta y significativa tendencia, desarrollada hasta convertirse en una actividad tipificada, impulsada por un interés político determinado. Este rótulo circunstancial y equívoco alteró los principios básicos del compromiso y deformó sus ideales de evolución permanente en función de la dinámica infinita de la determinación del ser, como reto humano vivencial y ontológico.

A fin de cuentas, como quiera que se vea, la obra literaria es un documento de su época, ya sea por participación comprometida o por omisión evasiva. Es un tanto lo propio de las posturas filosóficas de la antigüedad, donde los estoicos, al omitir prácticamente el ejercicio

especulativo filosófico, evidenciaban, como trasunto histórico, un repudio a una realidad inhóspita y despótica.

En suma, el compromiso es la evidencia del nexo del escritor con su tiempo y su espacio: voluntario o no, su esencia vinculante lo hace inexorable, irrenunciable. Así, de hecho, hay lugar para traer a colación el principio orteguiano de “el hombre y su circunstancia”, trasvasándolo a: “el escritor y su circunstancia”.

El compromiso se corresponde con un condicionante ideológico y con una voluntad socializada. Hay, en suma, un propósito crítico, cuestionador de condiciones imperantes o previsibles, que se pretenden modificar, como reto social (*socius*) y político (*polis*).

El escritor que asume activamente su compromiso con el tiempo y el espacio que le corresponden por determinación histórica, cumple a la vez un desiderátum personal y un cometido social. El producto de su acto creativo se corresponde con una trascendencia colectiva.

No es necesario indagar demasiado para advertir cómo las producciones literarias son, en suma, rendiciones de cuentas con el tiempo y el espacio donde se cumplen. ¿Será necesario citar la poesía romántica, los textos surrealistas, las novelas del realismo crítico? ¿Habrán que traer a colación El Quijote?

Las variables impuestas por las condiciones temporales específicas, enraizadas o sobrevenidas, son una encrucijada en el tránsito motivador del creador. En el ámbito de la ruptura de los valores esenciales de una sociedad, no hay escape valedero: la indiferencia ante tal estado de cosas puede hacer coincidir la evasión con el temor de las consecuencias de asumir una posición cuestionadora (crítica, revulsiva) ante dicha situación. La actitud apaciguada o insensible en referencia a la realidad circundante puede pretenderse un gesto displicente o de soberbia aristocrática; pero, nunca escapará de la condición precaria de forzada evasión. No es, pues, asunto de asunción predeterminada de responsabilidades sociales que actúan como llamados de atención, sino de correspondencia emotiva y racional con su tiempo y su circunstancia. Se evidencia que en la sociedad y su enjuiciamiento nadie es más responsable que los intelectuales, porque son los únicos capacitados para instrumentar una crítica cuestionadora y valedera, dentro de una vocación contestataria que le es inherente.

La experiencia y la ideología

Es evidente que la experiencia vital y la ideología asumida desempeñan, por igual, un papel decisivo en la obra literaria. El carácter, el fundamento, el propósito, de lo que se escribe está estructuralmente vinculado con la

línea del empirismo vivencial y con el orden estructurado de la especulación ideológica. No hay obra literaria que no revele un nexo subyacente con la línea vital (autobiográfica) del autor. Así como no hay un mensaje (subliminal) que no tenga su raíz en una visión del mundo acordada por el autor. Nada escapa, ni puede escapar, a esta suerte de determinismo subjetivo, (Lo que se enfatiza aquí es que la obra resulta de una simbiosis material y espiritual: de una vida transcurrida y de una vida ficcionada).

Podría discutirse si el pensamiento se proyecta en una dimensión autónoma con respecto al cuerpo, al orden material. Pero, a estas alturas del desarrollo científico, nadie parece dudar que el intelecto se ubica en el cerebro y no en un orden etéreo. En consecuencia, resulta lógico relacionar la vida de la praxis cotidiana con la conformación de una estructura ideológica. Es más que natural que la experiencia vital establezca una relación causal con la superestructura intelectual. Vínculo particularmente significativo en la perspectiva literaria, donde el propósito es recrear vida, redimensionada en un presente que mira hacia el futuro; y que invoca el pasado como un poderoso referente, como un munífico impulso creador, pero no como una añoranza utópica, ni como el sueño sublimado de un retroceso histórico.

En la suma de la esencia múltiple que determina una ideología, representa un factor decisivo la experiencia vital. Esta verdad elemental adquiere particular resonancia en el orden literario, donde la palabra escrita es trasunto de una vida y de un pensamiento. El haber existencial y la determinación ideológica del escritor han de reflejarse poderosamente, como identificación específica, en la obra finalmente difundida como una propuesta trascendente.

El pacto histórico: el tiempo

Hay un tiempo histórico por encima de (o más allá de) un tiempo subjetivo: la dimensión colectiva arroja el sustrato personal, ya sea éste consciente o inconsciente.

Los acontecimientos históricos, eventuales, marcan poderosamente el tiempo y el espacio. Y exigen una respuesta, o al menos una inferencia motivada. Ésta puede, inclusive, parecer una evasión; cuando, en el fondo, se corresponde con una protesta, con un rechazo profundo expresado de manera tangencial (alegórica). Un aleccionador ejemplo al respecto es el del surrealismo. En apariencia se trataba de una elusión, de un alejamiento de una circunstancia; refugiándose en la subjetividad onírica. Pero, era una protesta ante la realidad detestable de la guerra, por medio de la proclamación del absurdo como emblema de una época repudiable.

Pero, no es cuestión de firmar un pacto con el momento histórico que nos ha tocado en la rueda de la fortuna

del destino. Ese pacto ya lo hemos firmado al nacer y lo rubricamos, con sello lacrado, al término de nuestro lapso existencial. Cuando los deterministas subrayaban que todos resultamos de la conjunción de un estado general del espíritu y de las costumbres ambientales, puntualizaban el pacto con el tiempo histórico. Y es una realidad incontestable.

Compromiso y tiempo

No se establece una predeterminación maniquea en la relación del escritor con su tiempo y con su espacio. No es cuestión de un determinismo: se es escritor comprometido o se es escritor subjetivo (subjetivado en sí mismo). A fin de cuentas, es asunto de inferencia relativa a la exigencia establecida por el tiempo y por el espacio. En los años independentistas a todo pensador americano se le imponía la necesidad de pronunciarse sobre una realidad inexorable: se manifestaban las ideas a favor o en contra de la independencia. No había lugar para neutralidad. Así, en este orden de ideas, es fácil advertir cómo cada época exige una definición ante el reto ineludible impuesto por los condicionantes históricos y sociales.

Siempre hay un mensaje, evidente o subrepticio, que no es forzosamente social o político; puede ser filosófico, estético, anímico, esotérico (en fin, caben todas las opciones). Lo cierto es que, ya sea un propósito o una derivación consecuente, el mensaje es una proyección inherente al acto literario.

De hecho, el escritor pacta, inexorablemente, un compromiso con el tiempo en que gesta, madura y culmina su obra. Es el producto derivado de una dialéctica existencial: por una parte, debe someterse a las pautas de una preceptiva establecida; y por la otra, da vía libre a una propuesta original, heterodoxa y de creadora novedad. Esta dualidad constituye el basamento de una instancia estética que integra lo preexistente (lo consuetudinario) con el proyecto (diseño) que se ofrece como ilimitada opción renovadora.

En suma, lo que se evidencia es la índole evolutiva, mutante, heraclítica, del hacer literario, más cercano de la hipótesis constructiva que de la conclusión radicalizada. Pero, en toda circunstancia, respondiendo,

inexorablemente, a la medida existencial impuesta por el límite temporal que le es propio.

Síntesis

Al fundarse la literatura en un metalenguaje, que inclusive puede tener atisbos crípticos, sienta tienda aparte del lenguaje común. Pero, su irremisible destino comunicante le impone el requerimiento de claves significantes discernibles para el receptor. Siendo inconcebible la absoluta incomunicación, fuerza es aceptar que el lenguaje literario, como todo lenguaje funcional, significa, sugiere y comunica, dentro de sus parámetros estéticos y conceptuales; y al fin y al cabo, difunde un mensaje.

Hay un proceso aluvional en la conformación del ser y de la conciencia. La suma del ambiente, del tiempo y de la cultura conforma un carácter y un imaginario en cada individuo. Por igual, estos determinantes actúan como moldes -y modelos- en el espíritu (esencia y objetivo) de la obra literaria. No es posible concebir una creación humana fuera de los parámetros impuestos por la época y el espacio, por los determinantes circunstanciales que el ámbito temporal y la atmósfera espiritual establecen.

En la medida en que el creador literario tome conciencia de su vínculo histórico e intelectual con su tiempo y su medio, se logrará la fértil conjunción de la obra con su natural significación social. El compromiso se estructura como una forma de conocimiento, de comprensión y de sublimación denotativa. El propósito revulsivo, de superación sin término, es el estímulo interno de todo creador inserto en el proceso expansivo del mensaje que deriva naturalmente de su propuesta estética. Todo ello dentro del espíritu de progresión motivadora que cumple la conciencia de asumir el reto de preservar el legado histórico y artístico representado por las obras de generaciones precedentes. Es la inserción en un continuum creativo donde lo subjetivo y lo colectivo se fusionan en la unidad que les concede trascendencia.

El compromiso inferente es asumido o ignorado. Pero, no deja de estar allí; se infiere, como un valor intrínseco en la creación literaria, en relación ancilar con su espacio y su tiempo.